



za de cada uno de los congregados. Inmediatamente quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron á conversar en diferentes lenguas, publicando las maravillas de Dios, segun se hallaban inspirados. Habia entonces en Jerusalem judios que venian de todos los paises, porque desde la cautividad de Babilonia muchos se habian establecido en el Oriente, y otros se habian repartido en los diferentes estados que dominaban los reyes sucesores de Alejandro el grande en Grecia. Habia, pues, habitantes de Persia, de Arabia, de Egipto, de la Libia, de varias provincias del Asia menor y del Asia superior, de Grecia y aun de Roma: unos eran judios de nacimiento, otros conversos á la religion judaica, y los llamaban por esta razon, prosélitos. Unos hacia poco tiempo que se establecieron en Jerusalem, persuadidos de que el Mesias iba á venir, porque se habia cumplido el tiempo señalado en sus profecias; y una gran parte de ellos, con ocasion de las fiestas que eran de las tres principales en su culto, y aniversario del dia en que se recibió la ley en el monte Sinaí. Pnes toda esta reunion, aturrida del ruido que oyeron, quedó admirada, y como reconocian por galileos á los apóstoles, oyéndoles ahora hablar en la lengua de aquellos, preguntaban con asombro la causa de esta maravilla.

Acercándose Pedro á los espectadores y levantando la voz, manifestó que este prodigio obrado por el Espíritu Santo, no era mas que el cumplimiento de lo que predijo en sus dias el profeta Joel: y despues, refiriendo los multiplicados milagros de Jesucristo, obrados con la mayor publicidad, la muerte á que sus enemigos le condenaron, declaró que el Salvador habia resucitado: que él y los demás apóstoles eran testigos de su resurreccion; y que antes de subir al cielo, les ofreció enviar al Espíritu Santo, cuya venida habia causado estas maravillas. Probó tambien que todo se hallaba anunciado claramente en las profecias de David, y concluyó anunciando solemnemente que Jesus era el Cristo y el Mesias prometido. A muchos conmovió este discurso, y San Pedro, acabando de instruirlos, les exhortó á que hiciesen penitencia y recibieran el bautismo en nombre de Jesucristo, para alcanzar el perdon de sus pecados y el don del Espíritu Santo. Por entonces se convirtieron cerca de tres mil, fueron bautizados, y se juntaron con los discipulos. Dieron desde el principio un ejemplo de aquella union incomparable, y de la perfecta caridad que se admiró por tanto tiempo en la Iglesia de Jerusalem, porque juntaron todos sus bienes, vendiendo sus posesiones, para que se distribuyese aquel fondo comun, segun las necesidades individuales de cada uno. Así era que todo el mundo los bendecía, y su número crecia diariamente á vista de los milagros que hacian los apóstoles.

Poco despues de Pentecostes, iban al templo Pedro y Juan hácia las tres horas, para asistir al sacrificio y á la oracion: como que entonces todos los cristianos se acomodaban á todas las prácticas que





## HISTORIA DE LA IGLESIA.

### LIBRO I.

DESDE LA ASCENSION DE JESUCRISTO HASTA LA MUERTE DE  
LOS APOSTOLES S. PEDRO Y S. PABLO.

CUARENTA días después de su resurrección, habiendo cumplido Jesucristo su ministerio, y teniendo que ir á tomar posesion de su gloria, quiso presentarse por última vez á sus apóstoles y hacerlos testigos de su ascension, para consolarlos y afirmarlos á la vista de este nuevo prodigio. Condólos al monte de las Olivas, y después de renovar sus instrucciones y promesas, los bendijo, y á su presencia se levantó hacia el cielo: á poco rato una nube se interpuso y le perdieron de vista. Llenos de gozo y admiracion volvieron los apóstoles á Jerusalem, segun dejó dispuesto el Salvador, y encerráronse en el cenáculo para esperar con todo recogimiento al Espíritu Santo, por cuya venida oraban sin cesar. Entre todos se hallaban casi ciento y veinte personas, y á su cabeza la Santísima Virgen, las santas mugeres que acompañaban al Señor, los parientes de los apóstoles y los discípulos. S. Pedro, creado cabeza de la Iglesia, y empezando desde aquel momento á ejercer las funciones, propuso que se completase el número de los apóstoles, escogiendo en lugar de Judas, á uno de los discípulos que desde el principio hubiese seguido á Jesucristo. Se presentaron dos como mas dignos, José Barsabás, á quien llamaban el Justo, y Matias. Después de hacer oracion á Dios que conoce el corazon del hombre, pidiendo que manifestase á cuál era de su agrado escoger, se procedió á la eleccion echando suertes, y le tocó á Matias, que pasó á ocupar el sitio vacante en el apostolado. De esta manera estaba completo el número de doce, á saber: Pedro, gefe ó cabeza de los demas, Juan y Santiago, hijos del Zebedeo, Andrés, hermano de Pedro, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, llamado tambien Leví, Santiago, hijo de Alfeo, y llamado el menor, Simon el de Caná ó Zelotes (zeloso), Judas ó Tadeo, hermano de Jacobo el menor, y Matias.

Diez días perseveraron en sus plegarias, y llegada la fiesta de Pentecostes, hacía las nueve de la mañana, oyóse un ruido grande y semejante al que causa un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa en que estaban reunidos, y vieron aparecerse como unas lenguas de fuego que se iban repartiendo hasta caer sobre la cabe-

TOM. I.

mandaba la ley, para alentar la debilidad de los judíos y honrar la sinagoga hasta su entera destruccion, que debia verificarse muy pronto con la ruina del templo. Cerca de la puerta llamada *Bella*, habia un pobre de cuarenta años de edad, y de tal modo impedido que nunca pudo andar. Levántale á este sitio todos los días para pedir limosna á los concurrentes, y todos le conocian. Viendo este infeliz á San Pedro cuando iba á entrar con San Juan en el templo, les pidió algun socorro: respondióle San Pedro: "No tengo oro ni plata; pero te daré lo que puedo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda;" y cogiéndole de una mano, le ayudó á levantarse: el pobre conociéndose sano, echó á andar, y se metió en el templo, baticando de alegria y dando á Dios las gracias. Ibase detras de los apóstoles, y el pueblo admirado de que pudiese andar, vino y los rodeó en la galeria oriental del templo, que se llamaba la de Salomon. Viendo San Pedro á esta multitud admirada, habló y predicó que no por su propia virtud, sino en nombre y por el poder de Jesucristo resucitado, se habia obrado aquel milagro, manifestó el crimen que los judíos habian cometido dando muerte al Hijo de Dios, autor de la vida; y después, declarando que Moisés y todos los profetas habian anunciado estos días para una alianza nueva, los exhortó á que se convirtiesen y aprovecharán los medios de salvacion que Dios ofrecia á todas las naciones por su propio Hijo. Este sermón convirtió á cinco mil personas.

Entre tanto que los apóstoles hablaban al pueblo, el capitán del templo ó gefe de los levitas, encargado de la guarda del templo día y de noche, se presentó acompañado de varios sacrificadores, cuya mayor parte eran saduceos, y no podian tolerar que se tratase de la resurreccion de los muertos, y menos de la de Jesucristo. Prendieron á los dos apóstoles y los dejaron en la cárcel hasta el siguiente día, porque ya era tarde y no se podia ver la causa de noche. Por la mañana muy temprano se reunió el Sanhedrin (gran consejo) y mandó que compareciesen. Compuníase esta asamblea de setenta y un miembros, en que se contaban primeramente los principes de los sacerdotes, ó sean los gefes de las veinticuatro familias sacerdotales, después los doctores de la ley, escogidos entre los levitas y ancianos de cada tribu. San Lucas señala como uno de los principales, á Anás ó Anano, que presidia y conservaba este título, porque habia sido muchos años sumo sacerdote; y yerno de Calías, que lo era actualmente hacia siete años, aun cuando fuese saduceo; Juan, hijo de Anás, y Alejandro apellidado Lisimaco, el judío mas rico y hermano del célebre Filon. Puestos los apóstoles en medio del consejo, se les preguntó que en nombre de quién y con qué facultad se habian determinado á curar al pobre impedido. San Pedro respondió con entereza: "Pues que se nos pide razon del bien que hacemos dando movimiento á un hombre paralizado, os declaramos y á todo el pueblo de Israel, que fué á nombre de Jezu-



cristo Nazareno, á quien habeis crucificado, y Dios resucitó de entre los muertos: por él ha sido curado, y se encuentra de pié y sano á vuestra vista." Cuando observaron la firmeza de Pedro y de Juan, hombres del pueblo y nada instruidos, y no pudiendo por otro lado contradecir el milagro, se contentaron con prohibirles, amenazándoles severamente, enseñar á nombre de Jesucristo, ni hablar jamas de él al pueblo bajo ninguna forma. San Pedro y San Juan les replicaron: "Juzgad vosotros mismos si es justo obedecer vuestros mandatos mejor que los de Dios, porque es imposible que nosotros dejemos de decir lo que hemos visto y oído." Sin embargo, el consejo lo mandó retirar, redoblando sus amenazas, y no atreviéndose á castigarlos, porque temió al pueblo que daba gloria á Dios por aquella milagrosa curacion. Juntáronse los apóstoles con los fieles, y dándoles parte de lo sucedido, se pusieron todos en oracion para pedir á Dios fuerzas y continuar predicando con firmeza la doctrina de Jesucristo, y obrar prodigios que corroborasen su palabra. Acabada esta plegaria, se conmovió toda la casa en que se hallaban reunidos, dando á entender que Dios la habia acogido favorablemente; y recibieron todos el Santo Espiritu, y predicaron á Jesucristo con nuevo fervor. Esta reunion de fieles no tenía mas que un solo corazon y un alma, y su santa vida admiraba al resto del pueblo. Concurrían á porfía á la instruccion que recibían de los apóstoles, y á las oraciones que se hacían en el templo, donde escogieron la galería de Salomon, separados de los demas, y estos los honraban sin atreverse á juntarse con ellos. También celebraban otras reuniones particulares en casa de algunos fieles, para partir el pan, es decir, la celebracion de la Eucaristia, que no podia hacerse en el templo. Comían juntos á veces, y no miraban como propios sus bienes, sino como comunes á todos: así no había pobres entre ellos, porque los que tenían tierras ó casas las vendían y traían su importe á los apóstoles para que le distribuyesen segun la necesidad de cada uno. La Escritura distingue entre estos vendedores de tierras, á un levita originario de Chipre, llamado José, que recibió el sobrenombre de Bernabé, y poco tiempo despues fué elevado á la dignidad de apóstol.

Otro discípulo, llamado Ananías, despues de vender una heredad suya, retuvo una parte del precio, de acuerdo con su muger Sáfira, y llevó lo demas á los apóstoles. No solo cometía un culpable engaño, porque envolvía esta accion una mentira, sino que era injusticia; porque afectando el desprendimiento entero de sus bienes, y teniendo derecho á la comun participacion, como si nada le hubiese quedado, parecia que implicitamente contraía la obligacion de privarse del todo de su hacienda. No es extraño, por tanto, que Dios los castigase para dar un saludable ejemplo y mantener la pureza de la naciente Iglesia. San Pedro le dijo: "Ananías, ¿por qué te has vendido á las tentaciones de mentir al Espiritu Santo? Due-

ño eras de conservar tu herencia, ó de guardar su importe si lo tenias por conveniente. A Dios has mentido y no á los hombres." Ananías, anonadado con esta enérgica reconvenccion, murió en el acto. A las tres horas se presentó su muger, y San Pedro le preguntó el precio en que habían vendido su heredad, y como también mintiese, díjole el apóstol: "¿Cómo os habeis concertado ambos para tentar al Espiritu Santo? Mira, esos hombres acaban de entrar á tu marido, y vienen por ti para hacer lo mismo contigo;" y en el mismo instante cayó muerta en el suelo. Este suceso causó un grande terror entre los fieles y en el resto del pueblo, porque veían brillar en él la potestad de Jesucristo, que favorecia la voz de sus apóstoles.

Creer muchos que existía anteriormente entre los judíos una secta particular, que hacia profesion de la vida comun. Llamáronse eseuíos, nombre cuya etimología es difícil explicar, aunque se cree generalmente que lo tomaron para ostentar que eran mas santos que los otros. Huían de las grandes poblaciones; por lo regular se dedicaban á la labranza, despreciaban las riquezas, no tenían criados ni esclavos para su servicio, comían juntos, y ponían en comun depósito el importe de sus grangerías. Los mas perfectos guardaban continencia, y serían en número unos cuatro ó cinco mil; otros se casaban sin dejar de tener una vida austera, no comían mas que un alimento frugal, se entregaban á la oracion y contemplacion muchas veces al dia, obedecían á los superiores, y se aplicaban á reprimir todos sus deseos. En esta secta, para ser admitidos, hacían un noviciado de tres años, y los que cometían faltas, eran despedidos, y por lo comun morían miserables, porque no se creían dignos de recibir las limosnas que se les daban. Se les ruvo por supersticiosos: pensaban que descubrían lo venidero, y que sabían las propiedades de las plantas por medio de ciertas palabras de la sagrada Escritura, acompañadas de particulares ceremonias: observaban el sábado y todas las prácticas legales con una minuciosa exactitud; pero rehusaban la asistencia al templo para los sacrificios, por no inficionarse con el contacto de personas menos perfectas. Acusábanlos tambien de creer en la fatalidad, negando la libertad de los actos humanos. Ultimamente los tuvieron por idólatras, porque para orar se volvían hacia el sol saliente, como que le dirigían sus palabras; pero esta sola circunstancia no es suficiente para autorizar aquella sospecha.

Estos sectarios no eran conocidos mas que en Palestina; pero en el Egipto, habia una rama suya que se llamaban terapeutas, que tanto significa servidor de Dios, como médico; ya porque profesaban una gran piedad, ya porque se ocupaban en la curacion de las almas, purificándolas. En nada se diferenciaban de aquellos, sino en que se entregaban mas especialmente á la vida contemplativa. Filon, que los elogia, les atribuye virtudes tan perfectas, que han



creído muchos autores antiguos y modernos, que fueron los primeros solitarios cristianos, entre los segundos el sabio Montfaucon, en su obra titulada: *De la vida contemplativa*. "Posible es, con efecto, que algunos discípulos se hubiesen retirado á las soledades de Egipto, después de la dispersión ocasionada por la muerte de San Estevan; pero como es probable que Filon escribiese antes del nacimiento del cristianismo, los libros en que habla de los esenitas y de los terapeutas, no puede dudarse que fueron estas sectas anteriores á la predicacion del Evangelio." Mas el testimonio de Eusebio, que cuanta á los terapeutas entre los cristianos, y otras razones que se hallan en las obras de algunos críticos, deben confirmarnos en la creencia de que los judíos, por su género de vida, eran los mas dispuestos para recibir el cristianismo, y que en efecto, la mayor parte le abrazaron desde su aparicion.

Habiéndose extendido la fama de los milagros que hacian los apóstoles, por Jerusalem y otras ciudades, traian de todas partes enfermos, que se ponian por las calles por donde pasaba S. Pedro, para que su sombra cayese sobre ellos, y esto era bastante para curarlos. Tantos prodigios aumentaron considerablemente el número de los discípulos. Caifás, sumo sacerdote, y los de su faccion, que eran saduceos, mandaron prender á los apóstoles, y los pusieron en la cárcel; pero un ángel los libertó. Al día siguiente se presentaron en el templo y predicaron. El Sanhedrin estaba reunido para juzgarlos, y los ministros que los iban á conducir, no hallándolos en la cárcel, aunque estaban bien cerradas las puertas y rodeadas de guardias, no sabian que resolver, cuando vinieron á denunciarles que estaban predicando en el templo. Con mucha maña los fueron á buscar de orden del consejo, desceos de no irritar al pueblo; y cuando se presentaron dijo el sumo sacerdote: "No tenemos mandado que no prediquéis á nombre del que invocais; y sin embargo no cesais de hacerlo en toda Jerusalem." S. Pedro y los demas apóstoles respondieron que antes debian obedecer á Dios que á los hombres, y principiaron á sostener que Jesucristo era el salvador; y que las maravillas del Espíritu Santo, que habia descendido sobre ellos, confirmaban su testimonio de que habian presenciado su milagrosa resurreccion. Llenos de furor aquellos jueces, deliberaban sobre su muerte; pero un venerable doctor llamado Gamaliel, de la secta de los fariseos, contuvo esta animosidad con un consejo muy acertado. "No os mezcleis, les dijo, en lo que respecta á esa gente: porque si su empresa viene de los hombres, por sí misma caerá; y si al contrario viene de Dios no podreis impedirlo, y os exponiais á combatir con el Ser Supremo." Adoptó el consejo este parecer, y despidió á los apóstoles despues de mandarlos azotar, prohibiéndoles de nuevo predicar en nombre de Jesucristo.

No pudieron estas persecuciones entibiar el celo de los apóstoles,

ni los progresos del Evangelio: un gran número de sacrificadores se convirtieron, atraidos de los discursos y el ejemplo de Gamaliel: entre los muchos fieles nuevos se hallaban varios helenistas, es decir, judíos que nacieron entre los griegos, y por eso hablaban su idioma. Se queraban de que en las distribuciones diarias se descuidaba el socorro de sus viudas: juntáronse los apóstoles y dijeron á los discípulos: "No es justo que nosotros dejemos la predicacion para ocuparnos en la distribucion comun: escoged entre vosotros siete hombres de una prudencia y honradez notorias, y les confiaremos esa comision, y nosotros podremos dedicarnos enteramente á la oracion y á predicar." La asamblea nombró á Estevan, Filipo, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquia; y los presentó á los apóstoles, que oraron y les impusieron las manos: tal fué el principio de la órden del diaconado, cuya institucion habian recibido los apóstoles del mismo Jesucristo. Con este ejemplo se establecieron posteriormente diaconos en número de siete en Roma y en otras ciudades. Su ocupacion consistia en presidir á la distribucion de las limosnas, y servir en la mesa del altar para la administracion de la santa Eucaristia, por lo que decia S. Ignacio en su carta á los trallenses que eran ministros no de las comidas ordinarias, sino de los misterios de Jesucristo; y en la apologia segunda de S. Justino se ve que llevaban la Eucaristia á los que no podian asistir el domingo á las reuniones de los fieles.

S. Estevan fué nombrado el primero entre los siete, y lo era en efecto así por su clase como por su mérito. Habiendo recibido con la órden un aumento de gracias y fuerzas hacia un gran número de prodigios entre el pueblo, y predicaba libremente á Jesucristo. Algunos Judíos que pertenecian á la Sinagoga en clase de libertos, los cireneos y los alejandrinos y otros forasteros disputaban con él, y no pudiendo resistir al espíritu de sabiduria que hablaba por su boca, buscaron testigos falsos para que le acusaran de haber blasfemado contra Dios y Moisés, predicando que Jesucristo destruiria el templo y las ceremonias de la ley. Cogieronle, y presentado en el consejo, el sumo sacerdote mandó que diese cuenta de la doctrina que predicaba. San Estevan pronunció un largo discurso, en que explicó por la historia misma de los judíos, desde el tiempo de Abraham, la conducta y los designios de Dios con respecto á su pueblo: recorriendo en seguida las ceremonias legales, probó que eran santas porque dimanaban de Dios, hizo ver tambien con el testimonio de los profetas que la religion no era inherente á un templo fabricado por manos de hombres: añadió que en todo tiempo los judíos habian perseguido á los enviados de Dios, y que al mismo Moisés le habian desterrado: dijo que eran en esto semejantes á sus padres, supuesto que habian dado muerte al justo; y que no habian guardado la ley, cuya defensa tomaban.



Irritóles grandemente este discurso: San Estevan levantó la vista al cielo, añadió que desde allí veía al hijo del hombre á la diestra de Dios: al oír esto, todos se echaron encima, le arrastraron fuera de la ciudad, y se prepararon á matarle á pedradas, que era el suplicio destinado por la ley para los blasfemos; y aunque los romanos habian prohibido á los judíos sentenciar á muerte, ellos lo hacian á veces, tolerándolo el gobierno en las causas de religion. Por la misma ley se mandaba que los testigos fuesen los primeros que arrojasen las piedras: para ello se despojaron de algunos vestidos, y los pusieron á los pies de un jóven de Sicilia, llamado Saulo, que no tomaba parte en el suplicio, acaso por su corta edad, aunque era de los mas exaltados. Y este fué en adelante apóstol de las gentes, que debió su conversion á los ruegos del santo mártir por sus verdugos, porque puesto este de rodillas, exclamó con toda su fuerza: "Señor, no les tomeis cuenta de este pecado;" y al momento espiró. *Fué primer mártir [voz griega que significa testigo],* porque fué el primero que murió para dar testimonio de los milagros y la divinidad de Jesucristo. Según las mas probable opinion fué su tránsito al fin del mismo año en que subió al cielo nuestro Salvador, y es el treinta y tres de la era vulgar.

Querian los príncipes de los sacerdotes que el cuerpo de San Estevan quedase insepulto, porque era otra pena de los que eran legitimamente condenados. Pero los fieles tuvieron cuidado de enterrarle é hicieron sus funerales llevando un luto universal. Cogieron de noche su cuerpo y le trasladaron á una tierra de Gamaliel, que estaba á ocho leguas de Jerusalem, y despues de haberle llorado muchos días, según las ceremonias ordinarias, le depositaron en un sepulcro nuevo donde se veian otras cuevas. Gamaliel que tributo este piadoso deber al santo mártir, es el mismo que tomó la defensa de los apóstoles en el consejo: tambien recogió en su casa de campo á Nicodemo, su pariente, que embalsamó á Jesucristo, y que por aquel tiempo fué desterrado y depuesto de su dignidad. Hizo que le enterrasen cerca del sepulcro de S. Estevan, y él mismo que murió á poco, fué depositado en el mismo monumento con su hijo Abibas, que así como el padre se habia bautizado. Estos sepulcros fueron descubiertos en el año 415, y llevadas las reliquias de San Estevan á diferentes parages, obraron cautidad de milagros como se verá adelante.

La muerte de San Estevan no calmó el furor de los judíos: al contrario ocasionó una violenta persecucion y muy general, de tal manera que los fieles se dispersaron en Judea, en la Samaria, y en sitios mas diferentes. Sin embargo, los apóstoles quedaron en Jerusalem, y creese que entonces fué cuando Santiago, hijo de Alfeo y pariente de Jesucristo, fué instituido primer obispo de Jerusalem para velar especialmente sobre los que no podian huir de la persecucion, por enfermos, viejos ó otras causas. Muchos fieles fueron

presos, despojados de todos sus bienes y aun condenados á muerte, contribuyendo Saulo con su voto á estos castigos. Era, como dejamos dicho, el mas fogoso persecuidor de ellos, y entraba en las sinagogas y en las casas para prender con violencia á hombres y mugeres y encerrarlos en los calabozos, en virtud de las facultades con que los Pontífices le habian investido. Mucho duró esta persecucion, y no se limitó á la ciudad ni aun á la Judea, pues Saulo iba hasta Damasco para perseguir á los cristianos. Probablemente no concluyó sino por órdenes del emperador Tiberio. Con efecto, según las costumbres de los gobernadores romanos, Pilato envió las actas del proceso de Jesucristo haciendo relacion de las maravillosas circunstancias que habian precedido y acompañado la predicacion del Evangelio; y Tiberio, persuadido de la divinidad de Jesucristo, propuso al senado que le recibiese en el número de los dioses. Aunque el senado no adoptó la proposicion, no cambió de opinion el emperador, ni insistió en que se adoptase; pero amenazó con la muerte á los que acusasen á los discípulos del Salvador (1). Pero si los judíos debian dar fin á sus violencias contra los fieles, ejercitaban su odio por la calumnia, y procuraban hacerlos odiosos por todos medios. Buscáron unos hombres para que recorriesen todos los pueblos donde habia coreligionarios suyos, y publicasen que se habia descubierto una nueva secta impia y detestable, fundada por Jesus de Galilea, que no reconocia á Dios, y predicaba la destruccion de todas las leyes (Diálogos de Justino, pag. 234). La impresion que estas calumnias causaron, no tardó en propagarse entre los paganos, y aun duraba pasados doscientos años.

A pesar de esto, los fieles no solo se extendieron á Palestina, sino á Fenicia, á la isla de Chipre, y hasta Antioquia y Damasco, y por todas partes predicaban el Evangelio con buen éxito. Felipe, el segundo de los diáconos, parió á Samaria, donde el pueblo testigo de los milagros que obraba, le esenchó con ansia, y convertida mucha parte de él recibieron el bautismo. Habia entonces en Samaria un mago llamado Simon, natural de Giton en la misma provincia.

(1) Algunos cristos protestantes, mas atrevidos que sábios y juiciosos, han negado este hecho que Tertuliano refiere en su Apologético. Pero otros, entre quienes se distingue Casaubon y Pearson, no tienen dificultad en admitirle. Tillmont, el célebre Huet, Natal Alejandro y otros católicos no hallan motivo de dudar. Con efecto, no podía Tertuliano alegar un hecho de esta naturaleza en una apología pública, sin estar muy bien enterado de su certeza. Ya San Justino habia hecho mencion de las actas de Pilato en una de sus apologías. Probablemente uno y otro habian visto la relacion ó proceso de Pilato, y la proposicion de Tiberio en los papeles, actas ó relaciones periódicas que se publicaban en Roma, de que se conservaron unos cuantos ejemplares y llegaron hasta su tiempo. Estas actas, copiadas y repartidas profusamente, contenian todos los sucesos importantes, como puede leerse en muchas cartas de Ciceron, y Julio César habia mandado, según Suetonio, que se publicasen los acuerdos diarios del senado, y del mismo modo los del pueblo.



Con sus embustes había logrado un gran crédito entre el pueblo que le seguía á todas partes, proclamándole la gran virtud ó el gran poder de Dios; porque los samaritanos creían la existencia de cierto número de potestades celestes que salían por emanacion del seno de Dios, y muchas veces se incorporaban para servir de instrumentos visibles de su voluntad. Admirado este hombre á vista de los milagros que presenciaba, creyó tambien en Jesucristo y se hizo bautizar. Cuando entendieron los apóstoles que los samaritanos habian abrazado el Evangelio, enviaron á San Pedro y á San Juan para que los confirmasen en la fé, y les impusiesen las manos para comunicaries el Espíritu Santo; porque como Felipe no era mas que diácono, no pudo hacer mas que bautizarlos. Viendo Simon que el Espíritu Santo descendía sobre los fieles, manifestándose de una manera sensible por el don de lenguas y los milagros, ofreció dinero á los apóstoles para obtener el mismo poder. Respondióle San Pedro: "Perezca contigo tu dinero, supuesto que piensas comprar los dones de Dios." Exhortóle despues á que hiciese penitencia; pero Simon no quiso convertirse, aunque de miedo habia solicitado que rogasen por él los apóstoles. Al contrario se endureció mas y volvió á entregarse á la magia con mas curiosidad para seducir á los pueblos y distinguirse: se declaró el mayor enemigo de los apóstoles, y haciéndose autor de una secta nueva logró que le llamasen precursor y jefe de todos los hereges, porque su doctrina contenia el gérmen de todos los errores que afligieron á la Iglesia en muchos siglos.

Sobre todo, propagó la doctrina de los Eonas, especie de seres divinos que se engendraban los unos á los otros, y llegaron á mucha celebridad en la heregia de los valentinianos y de otros gnósticos: hacíase Simon el primero de ellos, y ponía al Verbo en el quinto lugar, preluudiando así los errores del arrianismo. Aunque reconocia un Dios supremo, invisible y perfecto, tambien se atribuía el nombre de Dios, porque segun su doctrina la divinidad no obra sino por el ministerio de las virtudes y potestades emanadas de su seno, y era él la primera de estas emanaciones divinas ó la soberana potencia por la que Dios se manifestaba al mundo. El habia aparecido como Padre en Samaria, como Hijo entre los judíos, y como Espíritu Santo en todas las otras naciones, admitiendo ademas todos los nombres que sus sectarios gustaban añadir: traía consigo una muger llamada Elena, que habia comprado en Tiro en una casa de prostitucion, y acerca de la cual contaba mil estravagancias: decia que ella era la primera concepcion de su espíritu y la madre de los ángeles ó de las potestades que habian criado el mundo; pero que no queriendo estos ángeles que se les considerase criados por ningun otro ser, habian tenido prisionera á su madre, y encerrádola sucesivamente en varios cuerpos, de modo que esta hermosa Elena, despues de haber sido muger de Menelao, se convirtió en la

actual en Tiro, y fué expuesta en una casa de prostitucion: que él habia bajado para arreglarlo todo y para libertarla á ella. Miraba á los ángeles autores del mundo como enemigos del Dios verdadero, y por esta razon no seguía la ley de Moises que procedía de aquellos malos ángeles, que tambien habian inspirado á los profetas; de manera que ningun caso debia hacerse del antiguo testamento: tampoco reconocia á Jesus por Mesías, pero á si mismo se llamaba Cristo, atribuyéndose y procurando imitar todo lo que habia hecho el Mesías realmente. No obstante que creía que los ángeles habian formado el mundo, no admitía la creacion propiamente tal: creía la materia eterna, la llamaba enemiga de Dios, y hacia que de ella emanasen las potestades que se oponían á su voluntad. De este modo explicaba el origen del mal por los principios que despues ampliaron los maniqueos. Ultimamente mezclando con todo lo dicho ideas paganas, hizo que le erigiesen una estátua en figura de Júpiter, y otra á su Elena, en trago de Minerva; y en adelante los discípulos de este impostor adoraban tales figuras ofreciéndoles incienso y victimas.

En cuanto á la moral, suponía Simon que todos los actos eran indiferentes por sí mismos, y que los ángeles, para retener á los hombres en la esclavitud, establecieron la diferencia entre aquellos prohibiendo los unos y mandando los otros; pero que los que creyesen en él se libertaban de semejantes leyes, y podían hacer lo que quisieran, porque se salvarían por su gracia sin necesidad de buenas obras. Así los discípulos de este herejiarca vivían entregados á todo género de vicios, aplicándose á la magia y hechicerías: practicaban la idolatría ó imitaban á los paganos para escapar de las persecuciones. No es, pues, extraño que una moral tan cómoda haya reunido muchos sectarios. Con todo, al fin del siglo III era ya corto su número, y aun entonces procuraban ocultarse á la sombra de los cristianos católicos.

Habiendo enseñado en Samaria y predicado en muchos pueblos de aquella parte, los apóstoles San Pedro y San Juan volvieron á Jerusalén; pero Felipe, diácono, por ministerio de un ángel, tuvo órden de marchar al Mediodía por el camino que lleva á Gaza. Allí encontró á un etiope, eunuco y tesoro de la reina Candaces, el cual volvía de Jerusalén, á donde fué á adorar á Dios, siendo acaso judío ó prosélito. Al acercarse á él Felipe, estaba leyendo un pasaje de Isaías referente á la pasion de Jesucristo, y le preguntó Felipe si comprendía las palabras del profeta; y como el eunuco, confesando humildemente su ignorancia, le suplicase que tomara asiento á su lado para explicárselas, manifestó Felipe que todas se habian cumplido en la persona de Jesucristo, y le enseñó despues todos los misterios concernientes al Mesías. Tocado de la gracia el etiope, no pudo resistir á la evidencia de los hechos que comprobaban la verdad del Evangelio; y como descubriese agua



desde aquel parage, pidió á Felipe el bautismo, declarando que creia en Jesucristo, y Felipe le bautizó. Apenas concluyó, arrebató un ángel al santo diácono y no volvió el enuoco á verle mas; pero continuó su viage lleno de alegría, y predicó en Etiopia la fé que acababa de recibir. Los abispos le miran como á su primer apóstol. Felipe fué trasportado á la ciudad de Azof, en la costa del Mediterráneo, y se dirigió á Cesarea; que á lo que se cree, era la ordinaria habitacion de su familia, sin cesar de predicar por todo el camino: habia sido casado, y tenia cuatro hijas que se mantuvieron vírgenes y alcanzaron el don de profecía (*Act. Apost. c. XXI, vers. 9*). Desde este momento nada se sabe de cierto acerca de su vida. La Iglesia latina honra su memoria en los días 6 de Junio de cada año. Tocante á los demas diáconos ordenados por los apóstoles, se tiene igual oscuridad; solo que se les honra como predicadores y mártires, á excepcion de Nicolás, que nos ocupará en adelante.

Saulo, respirando siempre amenazas y sangre, continuaba persiguiendo á los discípulos de Jesucristo. Era de la tribu de Benjamín, nacido en Tarsis, capital de la Sicilia, cuyos habitantes obtuvieron de Augusto el título y derechos de ciudadanos romanos en recompensa de su lealtad cuando las guerras con Brito y Casio. Despues que estudió en esta ciudad las ciencias y literatura humanas, que se enseñaban allí con brillante éxito, pasó á Jerusalem para instruirse en la ley y tradiciones de los judios, bajo la direccion de Gamaliel; y como este doctor se adhirió á la secta de los fariseos, distinguióse por la austeridad de sus costumbres y por un ardiente y santo celo por su religion. Habiendo ejercido toda clase de violencias contra los discípulos de Jesucristo en Jerusalem, pidió al sumo sacerdote cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de traer presos los que pudiese coger profesando la ley de Jesus. Pertenece esta ciudad á Aretas, rey de la Arabia Petrea, pero judío, y que reconocia la jurisdiccion del pontífice en los asuntos religiosos.

Como Saulo se acercaba á Damasco, repentinamente y hácia la hora del medio día fué rodeado de una luz resplandeciente que bajó del cielo y le trastornó á él y á su comitiva. En este acto oyó una voz que le decia en lengua hebrea: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Respondió: "Y ¿quién sois vos, Señor?" Y la voz dijo: "Yo soy Jesus á quien tu persigues." Preguntó Saulo temblando: "Señor, ¿qué quereis que haga?" "Levántate, le contestaron, y entra en la ciudad; allí te dirán lo que has de hacer: porque yo me he aparecido para que seas ministro y testigo de las cosas que has visto, y te libraré de ese pueblo y de los gentiles, cerca de los cuales te envío ahora para que abras sus ojos y los atraigas á la luz, á fin de que reciban el perdon de sus pecados por la fé que tengan en mí (*Act. Apost. c. XXVI*).<sup>2</sup> Los judios que acompañaban á







ST PABLO, APOSTOL DE LAS GENTES.

Saulo y que serian regularmente griegos, viendo aquellos resplandores y oyendo aquella voz, sin entender las palabras ni ver á nadie que las pronunciase, quedaron completamente atónitos; y como Saulo al levantarse quedó ciego, le llevaron de la mano á Damasco, y en ella estuvo tres dias sin recobrar la vista, ni comer ni beber. Ocupólos en oracion continua, y tuvo una vision en que se le apareció un hombre que ponía las manos en su cabeza para que recobrase la vista. Este hombre era un discípulo del Señor llamado Ananias, fundador de aquella iglesia, que al propio tiempo recibió órden de Dios para que buscase á Saulo, le curase de la ceguera y bautizase. Al momento que le impuso las manos, recobró la vista Saulo, y recibido el bautismo, principió á predicar á Jesucristo en todas las sinagogas con grande admiracion de todos, como que sabian el ódio que habia tenido á los cristianos, y la órden que traía para perseguirlos y encarcelarlos. Sucedió esta conversion, segun la comun y mas probable opinion, hácia el fin del año 34 ó principios del 35 de la era vulgar. La Iglesia celebra esta fiesta á 25 de Enero, aunque no se sepa el dia ni el lugar.

Algun tiempo permaneció Saulo en Damasco, y desde allí se trasladó á la Arabia, ó mas bien, á los pueblos inmediatos á la ciudad, de donde no tardó en regresar ostentando en todas partes su celo, y confundiendo á los judíos por la valentia de su palabra. Ya llevaba tres años en esta mision, cuando los judíos, no pudiéndole sufrir, se juntaron y resolvieron darle muerte. De miedo que no se les escapara, ganaron al gobernador, que mandó poner guardias en las puertas de la ciudad, y ellos mismos velaban continuamente de dia y de noche. Saulo conoció el proyecto, y los discípulos, para salvarle, le bajaron en un cesto que descolgaron por una ventana de su casa que caía encima de las murallas. Entonces vino á Jerusalem á ver á San Pedro, cabeza de los apóstoles, y reconocer su dignidad; pero los discípulos á quienes queria reunirse, huían de él, no llegando á cononocerse de que se habia convertido. Sin embargo, Bernabé, que habia estudiado con él bajo la direccion del doctor Gamaliel, le presentó á los apóstoles, es decir, á Pedro y Santiago el menor, únicos que vió en esta ocasion Saulo, y les refirió cuanto habia pasado. Saulo permaneció con San Pedro unos quince dias, predicando enérgicamente á los judíos helenos que nada podian replicarle; pero deseaba salir de él. Jesucristo se le apareció un dia en el templo donde estaba orando, y le mandó partir de Jerusalem porque allí no bastaria su testimonio. Condujéronle á Cesarea los fieles, y pasando á Tarsis por mar, fué á llevar el Evangelio á la Siria y la Sicilia.

Como estaba pacífica la Iglesia en la Judea, Galilea y Samaria, San Pedro emprendió su visita para confortar á los fieles; y hallándose en Lida, despues conocida con el nombre de Diospolis, cerca del Mediterraneo, curó á un paralítico llamado Eneas, que ocho



años antes se hallaba en cama; milagro que convirtió á los habitantes de aquel pueblo y á muchos de las inmediaciones. Por el propio tiempo una cristiana, por nombre Thabita, muy limosnara, murió en Jope cerca de aquella población. Sabiendo que San Pedro estaba próximo, le pidieron se acercase á Jope, y en cuanto llegó le condujeron á la sala en que estaba expuesta. Había en ella muchas viudas que rodeaban el cadáver y lloraban, enseñando al apóstol los vestidos que Thabita les había dado, hechos de sus propias manos. Lastimado el apóstol al oír sus lamentos, se puso en oración, y volviéndose hácia la difunta, "Thabita, dijo: levántate," y al momento resucitó. Al instante se divulgó este milagro y causó la conversión de ininidad de habitantes. Dedicándose á su instrucción San Pedro, permaneció en Jope muchos dias en casa de un curtidor llamado Simon; todavia permanecia en esta villa, cuando le avisaron que deseaba verle un centurion llamado Cornelio, hombre ajustado que daba largas limosnas, y conociendo al Dios verdadero le adoraba y hacia que todos los de su casa le adorasen. Un dia que estaba en oracion el centurion, se le apareció un ángel y le mandó que enviase á llamar á Jope á un tal Simon, conocido con el nombre de Pedro, que se alojaba en casa de otro Simon, de oficio curtidor. Llamando á dos criados suyos y á un soldado, todos tres temerosos de Dios, les encargó con urgencia esta comision, y se acercaron al siguiente dia á Jope. Pedro, que habia subido á la azotea para orar, segun la costumbre de los judios, al medio dia mientras le disponian la comida, quedó elevado en un éxtasis, y una voz le mandó que comiese indiferentemente de toda clase de carnes, sin distinguir las de animales impuros que la ley prohibia. Esta vision se repitió tres veces, y deseaba saber su verdadera inteligencia, cuando el espíritu divino le dijo: "Mira tres hombres que te buscan, no tengas reparo de ir con ellos, porque soy yo quien te los envié." Al mismo tiempo se presentaron los tres hombres á la puerta de la casa, y al siguiente dia marchó con ellos acompañado, de otros vecinos de ella. Cornelio reunió todos sus parientes y amigos para recibir al apóstol, y cuando supo que se acercaba, le salió al encuentro y se arrodilló ante el sauto en cuanto le vió. San Pedro le mandó levantar, y entrando en la casa le dijo: "Ya sabeis que los judios no se prestan á visitar en su casa á los extrangeros; pero Dios me ha revelado que á nadie debo rechazar como profano ó inmundo, y por eso no he tenido dificultad en venir: ahora me direis el objeto de vuestra llamada." Cornelio refirió el sueño que habia tenido, y San Pedro principió á instruirle en la historia de la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo y en los demas misterios. Aun estaba hablando, cuando el espíritu divino descendió sobre todos los que estaban reunidos, y todos glorificaron al Señor hablando en diferentes lenguas, de modo, que los fieles circuncisos que vinieron con el apóstol, quedaron llenos de admiracion. Dijoles San

Pedro: "No se puede negar el bautismo á los que han recibido como nosotros el Espíritu Santo." Y en seguida dió este sacramento á Cornelio y á los demas asistentes, y consintió en quedarse algunos dias en la casa. Este es el principio de la conversión de los gentiles.

Luego que S. Pedro regresó á Jerusalem, muchos judios convertidos le hicieron varias observaciones, quejándose de que entrase en casa de los incircuncisos y comiese con ellos. Pero el apóstol contó lo que se le habia revelado y la orden de Dios, y como el espíritu divino habia confirmado con su influjo esta determinación, bajando sobre Cornelio y su familia mientras estaba hablando. Los fieles se tranquilizaron y no volvieron á quejarse; antes dieron gracias á Dios que se dignaba de comunicar su gracia á los gentiles. Algunos de los que se desesperaron cuando el martirio de S. Estevan, fueron á Antioquia donde no se habia anunciado el Evangelio sino á los judios; y muchos que eran de Chipre ó Cyrene, se dirigieron á los griegos, sabedores de lo que S. Pedro habia referido acerca de la voluntad de Dios, y su celo obró un gran número de conversiones.

A poco tiempo del bautismo de Cornelio, ó en el año 36 de la era vulgar, segun la mas probable opinion, se estableció en Antioquia la cátedra por S. Pedro que fue su primer obispo; y se cree comunmente que residió allí siete años, aunque saliese algunas temporadas á recorrer el Ponto, la Bitinia, la Capadocia y otras provincias para predicar el Evangelio. Escogió esta ciudad como metrópoli del Oriente, y por esta razon conducente á la dignidad del principe de los apóstoles, hasta que extendiéndose la fe al Occidente vino-se á fijar su silla pontifical en la capital del mundo.

A esta época puede tambien referirse la dispersion de los apóstoles, que salieron de la Judea para anunciar la fe en los opuestos confines del mundo. Con efecto, el establecimiento de la silla de S. Pedro en Antioquia, la eleccion de Santiago que hicieron para obispo de Jerusalem poco antes, y otras muchas circunstancias (1), dan mucha verosimilitud á esta opinion, sostenida por Tillemont, siguiendo á S. Gerónimo. No dejaban sin embargo de volver algunas veces, y principalmente para celebrar la Pascua, porque en algun tiempo continuaron conformándose con esta costumbre de los judios, para contemplar su debilidad; y por este tiempo fue, justa-

(1) Habiéndose predicado el Evangelio en toda la Judea y la Samaria, era muy natural que los apóstoles creyesen llegado el momento de conformarse con lo mandado por Jesucristo, y dispersarse por el universo, cuando Dios abria las puertas de la Iglesia á los gentiles con el bautismo de Cornelio. Por otra parte se sabe que S. Pablo cuando vino á Judea desde Damasco, no halló mas que dos apóstoles, y era á los tres años de su conversión (*Galat. cap. 1.*) y él mismo marchó inmediatamente á Cilicia para ejercer su apostolado.



mente en la misma fiesta, cuando condenaron á muerte á Santiago el mayor, y Herodes Agripa puso en prision á S. Pedro. Antes de separarse compusieron el simbolo que lleva su nombre, y que ofrece un resúmen de la fé, que debía reunir á todas las Iglesias. No tuvieron por necesario escribirle, porque los fieles están obligados á saberle de memoria y á recitarle antes del bautismo, cuya práctica era suficiente para conservarle en todos tiempos. Antiguamente se notaban ligeras diferencias en las expresiones de algunos artículos, porque desde el nacimiento de las herejías se creyó necesario añadir varias palabras para explicar mejor los dogmas que contienen (1).

Santiago el menor no se apartó de Jerusalem, de donde era obispo, y desde allí velaba sobre las Iglesias de Judea. San Pedro despues de fijar su silla en Antioquia, donde muchos discípulos continuaban predicando el Evangelio, no tardó en salir de allí para llevar la fé á las comarcas inmediatas. San Juan pasó al Asia menor, en que fundó sucesivamente las Iglesias de Smyrna, de Pergamo, de Sardis, de Laodicea, &c. Posteriormente fijó su residencia en Efeso, donde murió despues de una larga manision y al fin del primer siglo. Es probable que penetró tambien en el Asia alta sometida á los partos: y dicen que su primera epístola llevaba antiguamente su nombre, como que se dirigia á ellos. Algunos autores han referido que habia marchado en su compañía la Santa Virgen á Efeso, y habia muerto en aquella ciudad, donde al tiempo de celebrarse el concilio, habia una iglesia dedicada á su nombre; pero Baronio y otros muchos creen con mas fundamento, que murió la Santa Virgen en Jerusalem, aunque no puedan fijarse el tiempo ni las circunstancias de su muerte. Una antigua tradicion hay de que resucitó, y fué elevada al cielo en cuerpo y alma despues que pasaron unos dias.

Santiago el mayor, hijo del Z-hedeo, y hermano de San Juan, predicó principalmente á los judíos, y despues de haber recorrido varios países, que la historia no designa, sufrió el martirio en Jerusalem, reinando Agripa. San Andrés fue destinado á la Scitia, penetró en la Sogdiana, volvió á Grecia, habiéndose detenido en el Ponto y Cógida, y sufrió el martirio de la cruz en Patras de la Acaja, aunque se ignora cuando. Su cuerpo fue trasladado á Constantinopla, en el imperio de Constancio, y desde allí se han enviado reliquias á diferentes parajes. Es muy venerado entre los rusos, que poseen una parte del país que ocuparon los antiguos scytas.

San Felipe predicó tambien en el Asia alta y despues en la Frigia: en ella murió en una ciudad llamada Hierapolis, hacia el año de 80, sin que podamos precisar el cuándo, ni la clase de martirio que sufrió. San Bartolomé anunció á Jesucristo en la Armenia,

(1) Vease el P. Cellier, *Historia de los autores ecles.*, t. 1.

Etiopia, Arabia, y hasta las Indias, donde predicó el Evangelio segun San Mateo: hallóse un ejemplar en idioma hebreo en aquel país por San Pauteno, que le trajo á Alejandria cien años despues. Como los antiguos daban el nombre de India á muchas provincias diferentes, situadas al Oriente ó al Mediodia; se puede creer que las Indias de que aquí tratamos, son las que confinaban con la Etiopia [*Rufin. Hist. l. x, cap. v. Socr. l. i, cap. xix*]. Dicese que fué martirizado en la Armenia, clavado en una cruz, despues de haberle desollado y desgarrado sus manos á fuerza de azotes.

Santo Tomás recorrió todos los países sometidos á los partos, predicó en Persia, Media, Bactriana, y aun se cree que llegó á las Indias propiamente dichas, donde se encontraron cristianos, llamados de Santo Tomás, que alegaban haber recibido la fe por medio de este apóstol, y tenían sus reliquias. Pero la tradicion de estos cristianos tachados de nestorianos, no tiene bastante autenticidad, aunque el testimonio de muchos escritores antiguos y su predicacion en otras provincias vecinas á aquellas regiones pudiesen introducir el juicio con bastante verosimilitud de que aquel apóstol propagó la fé en ellas. Hay quien dice que murió en Calamina, en las Indias, y muchos modernos creen que los portugueses hallaron su cuerpo en Meliapur, y que de allí le trasladaron á Goa. Pero como en el siglo cuarto habia la persuasion de que las reliquias de este apóstol estaban en Edesa, [*Rufin. l. xi, c. v*]; es preciso creer que fuése el lugar de su martirio el mas inmediato á esta última ciudad.

Antes de ausentarse de Judea, San Mateo escribió su Evangelio, á instancia de los fieles, y para dejarles un monumento de la fé predicada á nombre de Jesucristo. Por eso le escribió en hebreo, es decir, en la lengua de los judíos, que era una mezcla del caldeo y el ciríaco. Valiéronse de este Evangelio los demas apóstoles, y Santiago le explicaba en Jerusalem. Despues se hizo una traduccion de él en idioma griego, que obtuvo la aprobacion de toda la Iglesia, y que al último sirvió para reemplazar al original, que hace mucho se habia perdido; pues el texto siríaco que hoy se conoce, es aquella traduccion en griego. Todos estan conformes en que este Evangelio es el primero ó mas antiguo; tenemos que establecer que se escribiera poco antes del año de 43, porque Eusebio refiere que en el mismo año escribió el suyo San Marcos; y aun debe presumirse que este importante trabajo detuvo á San Mateo en Judea mas tiempo que á los demas apóstoles. En seguida marchó á propagar la fé á la Etiopia y la Persia, y en esta se presume que fue martirizado.

San Simon (el Cananeo), predicó en Mesopotamia y en la Persia. San Judas (Tadeo), predicó tambien en la Mesopotamia, y despues en la Arabia, en la Idumea y en la Libia. Fué casado, y sus dos nietos fueron censados á Domiciano como descendientes de David, á tiempo que este emperador hacia averiguar quiénes entre los ju-



dios podian aspirar al trono. Tenemos una epístola canónica de este apóstol, que al parecer fue escrita despues de la segunda de San Pedro para confirmar en la fe á los fieles, y que estuviesen prevenidos contra los errores de los nicolaítas y los gnósticos (1): por ella se infiere que no moriria hasta despues de la ruina de Jerusalem. Es menester no confundir á este apóstol con uno de los discipulos llamado Tadeo solamente, que fué comisionado por Santo Tomás á la ciudad de Edesa, en Mesopotamia, y que obrando numerosas maravillas, la convirtió enteramente y á su rey Abgaro. De este mismo principe se dice que escribió una carta á Jesucristo, quien le respondió diciendo que le enviaria un discipulo suyo para que le curase é instruyese. Pero no es fácil reconocer como auténticas, ni la carta, ni la respuesta.

San Matias, despues de haber predicado en varias partes de la Palestina, llevó el Evangelio á Etiopia, sin que podamos afirmar de qué pais en particular se entiende esta palabra, porque los antiguos la aplicaban indistintamente á todas las comarcas menos conocidas que situaban al mediodia y fuera de los límites del imperio romano. Esto es precisamente lo único que se sabe de la mision del mayor número de los apóstoles; pero la oscuridad que encubre las circunstancias de su vida y de sus peregrinaciones, es una prueba mas de la sinceridad de su testimonio, que en ella encuentra su mayor confirmacion, porque segun la juiciosa observacion de Fleury, [*Prefacion á la hist. eclesiast.*] "¿ada prueba mejor que no buscasen los apóstoles su propia gloria, que el poco cuidado que tuvieron de conservar en la memoria de los hombres las grandes obras en que se han ocupado?"

El emperador Tiberio, habiendo reinado veinte y dos años y medio, murió en 16 de Marzo del año 27; sucediéndole Cayo Calígula, su nieto é hijo del célebre Germánico. Poco tiempo antes Pilato, acusado de haber dado muerte á cierto número de samaritanos ante Vitelio, gobernador de la Siria, por los senadores, fue citado á Roma para justificarse. Salió de Judea, gobernada por él durante 10 años, y cuando llegó ya no existia Tiberio. Calígula le desterró á Vienna en las Galias, donde desesperado se suicidó en el año 39 de Jesucristo.

En el propio año Herodes Antipas, que mandó degollar á San Juan Bautista, y trató de loco á Jesucristo, perdió sus estados y fue desterrado. Hacia el fin del reinado de Tiberio habia guerreado Herodes con Aretas, rey de Arabia, cuya hija repudió aquel por casarse con Herodias; y habiendo sufrido su ejército una completa derrota, atribuyeron los judios este revé á la venganza divina por

(1) Las expresiones que emplea, convienen con las doctrinas y acciones infames de estos herejes. Cita un libro apócrifo con el nombre de Enoch; pero no le aprueba, como San Pablo cita algunas veces los poetas profanos.

la muerte de San Juan Bautista. Al advenimiento de Calígula Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo y nieto de Herodes el viejo, recibió el título de rey y los estados que pertenecieron á Filipo el Tetarca y á Lisaniás; Herodias concibió violentos celos de este engrandecimiento, y hostigó á su marido á que pasase á Roma, con la esperanza de que siendo ya tetarca, obediendria facilmente una dignidad que se habia concedido á un simple particular. Agripa despachó corriendo á un liberto con pliegos al emperador, en los que acusaba á Antipas de que habia tomado parte en la conspiracion de Seyano contra Tiberio, y de que continuaba aun en inteligencia con Artabano, rey de los partos, en perjuicio de los romanos: daba por pruebas de esta última acusacion, que tenia Antipas en sus almacenes las armas necesarias para setenta mil hombres. No pudo el acusado negar esta circunstancia: declaróle Calígula por convicto y le desterró á Leon en las Galias, á donde le siguió su mujer Herodias. Desde allí se escaparon á España, y perecieron miserablemente. Herodes Antipas fue tetarca de Galilea cuarenta y dos años despues de la muerte de Herodes el viejo, su padre. Sus estados y tesoros se le dieron á Agripa, su sobrino y hermano de Herodias, porque esta era, como él, hija de Aristóbulo y sobrina de Antipas.

Reinando Calígula, sufrieron los judíos en muchos puntos persecuciones que terminaron á veces en crueles matanzas. En Jamnia, ciudad de la Palestina, á la orilla del mar, los paganos que vivian mezclados con los judios, erigieron un altar en honor de Calígula, que tuvo la demencia de exigir la adoracion que tributaban á Dios. Los judios destrozaron este altar, y sus enemigos informaron al emperador de tal atentado: Calígula mandó que en lugar del altar derribado se construyese una estatua colosal y dorada, que le representara y se colocara en el templo de Jerusalem, previniendo al gobernador de Siria, que dirigiese á Judea la mitad del ejército que tenia en las fronteras para guardarlas de los reyes de Oriente, á fin de sostener á la fuerza aquella determinacion. Este gobernador llamado Petronio, que habia sucedido á Vitelio, ocupó en esta obra á los mas hábiles artistas, juntó dos legiones romanas y un gran número de aliados, y sentó su cuartel general de invierno en Ptolemaida, ciudad marítima entre Tiro y Cesarea: despues para observar á los judios de cerca, pasó á establecerse en Tiberiadas. Yanian los judios por millares á suplicarle que no profanase su ciudad, porque estaban resueltos á morir, y habian abandonado para este fin el cultivo de sus campos por mas de cuarenta dias. Suspendió Petronio la empresa, y dió parte á Calígula de todo lo que ocurría; pero en términos muy diferentes, porque le informó que él habia suspendido la obra para tomar tiempo á fin de que fuese mas suntuosa, y para no exasperar á un pueblo que abandonando sus labores destruía toda esperanza de recoger sus cosechas. Agripa, que



á la sazón estaba en Roma, solicitó lo mismo apoyando á sus compatriotas, y escribió al emperador una larga carta, en que recordaba la determinación de Augusto, que prohibía se inquietase á los judíos en sus costumbres religiosas, y que él mismo había fundado una memoria anual y perpetua, para que se sacrificaran un toro y dos corderos: que la emperatriz Livia había enviado al templo muchos vasos preciosos: que Tiberio obligó á Pilato á que retirase de Jerusalem los escudos de oro que este le había dedicado: añadiendo por último, que á pesar de las mercedes que de él había recibido, se le acusaría de haber vendido su religion, si no lograba este favor que de nuevo pedía á nombre de todos los judíos. Calígula se le concedió, y consintió que no se dedicase en Jerusalem su estatua, amenazando fuertemente que castigaria á todo el que impidiese la erección de imágenes suyas ó ídolos para su culto en las demas ciudades. No tardó mucho en mandar construir otra en Roma, con intención de trasportarla al templo secretamente y antes que nadie pudiera sospecharlo.

Esta loca impiedad de Calígula sirvió tambien de pretexto para cometer mas violencias contra los judíos de Alejandría. Muchos había en aquella ciudad, como en lo demas del Egipto, donde gozaban de los derechos de ciudadanos. El pueblo, que los aborrecía, se irritó contra ellos con ocasion del paso de Agripa, que marchaba por Alejandría á la Judea, para tomar posesion de su reino. Primeramente se mofaron de su soberanía, vistiendo á un loco, que tenia por costumbre andar desnudo por la ciudad, de una especie de diadema y manto real. Luego arremetieron á las sinagogas derribando ó quemando cuanto podian, y poniendo en su lugar las estatuas del emperador. El gobernador Flaco, que estaba celoso de Agripa, autorizaba los excesos populares, y aun dió un decreto que privaba á los judíos del derecho de ciudadanía, permitiendo se les tratase como cautivos ó prisioneros de guerra. Despojáronlos del barrio que habitaban, y así, un gran número se vieron precisados á vagar por los arrabales, sin hallar donde alojarse: saquearon sus casas y tiendas: las mercantías que cogieron, las dividian en público como un botin apresado á los enemigos: mataron á una porcion de ellos, y arrastraron despues sus cadáveres por las calles. Flaco mandó azotar á muchos senadores de su nacion, y dar tormento á las mugeres para obligarlas á comer de los manjares que su ley prohibia. Sabedor Calígula de estas violencias, manifestó grande alegría; pero los judíos le enviaron una diputacion, reclamando sus derechos, y quejándose de los malos tratamientos que sufrían. El emperador la recibió en una casa de campo inmediata á Roma, llevándolos tras de sí de una en otra sala, dejándoles con la palabra en la boca, interrumpiéndolos con bufonadas, haciéndoles preguntas insustanciales, y aparentando que reconocia la justicia de su causa; pero los despidió sin determinar nada. Filon, que escribió esta relacion, iba de gefe de la diputacion.

Por el mismo tiempo entre los partos se vieron los judíos todavía mas perseguidos, principalmente en la provincia de Babilonia. El rey Artabano había dado el gobierno de esta provincia á un judío que se hizo temible, capitaneando una tropa de bandidos, y le conservó quince años, dominando con toda arbitrariedad. Sucedióle un hermano suyo, y se hizo tan odioso, que los habitantes le mataron una noche despues de haber dispersado su tropa: entonces cayeron sobre los judíos, que siendo poco fuertes para resistirse, se refugiaron á Seleucia, ciudad muy considerable de aquel pais, poblada de griegos y de sirios, es decir, de dos partidos siempre opuestos. Uniéndose los judíos á los últimos, quedaron mas poderosos que sus contrarios; pero los griegos lograron dividirlos y se reunieron con los sirios, antes sus antagonistas; y de comun acuerdo cayeron de improviso sobre los judíos y mataron mas de cienenta mil. Los pocos que escaparon de esta carnicería, con auxilio de algunos amigos se retiraron á Ctesiphon, capital del reino de los partos, donde esperaban hallarse seguros al abrigo de la autoridad real. Pero el odio de los griegos y sirios que perseguia á los judíos en todo el Oriente, los obligó á que en gran número se refugiasen en Nisib y Neharda, dos plazas fuertes sobre el Eufrates, donde había muchas mas, y desde las que enviaban á Jerusalem con numerosa escolta todo el dinero que destinaban para sostener el templo y costear los sacrificios.

Entre tanto Calígula se hacia insoportable por sus crueldades y extravagancias, tanto que le mataron el 24 de Enero del año 41, á los 29 de su edad y tras y diez meses de imperio. Tuvo por sucesor á Claudio, su tio, hermano de Germánico y sobrino de Tiberio, como que era hijo de Druso, hermano de éste. Como intentara una parte del senado restablecer la república, no dejó de suscitarse alguna dificultad sobre el reconocimiento del nuevo emperador: el rey Agripa, que se hallaba en Roma, le auxilió mucho con sus consejos é intervencion en el senado. Claudio, en agradecimiento añadió á su reino de Judea el de Samaria. Tambien restableció á los judíos de Alejandría en el ejercicio de sus derechos de ciudadanía, con la facultad de elegir libremente un gefe de su nacion. Ultimamente envió otro edicto por todo el imperio para prohibir que perturbanen á los judíos en las costumbres de sus antepasados. No trató tan favorablemente á los de Roma, donde les prohibió todas reuniones.

Durante estos trastornos, que manifestaban la decadencia y anunciaban la ruina del pueblo judío, el número de los discípulos de Jesucristo crecia de dia en dia; y sabiendo los de Jerusalem las conversiones que se hacian en Antioquia, enviaron á Bernabé, que confirmó á los nuevos fieles con su predicacion y sus virtudes, y extendió mas el progreso del Evangelio. Pasado algun tiempo fué á Tarsis á buscar á San Pablo para asociarse á sus tareas, y dete-



niéndose ambos apóstoles un año entero en Antioquía, convirtieron un considerable número de personas, de manera que en ella se principió á dar el nombre de cristianos á los discípulos del Salvador. Entre los profetas que vinieron de Jerusalem á Antioquía, uno, llamado Agabe, predijo un hambre universal que con efecto ocurrió al tiempo señalado. Los discípulos de Jesucristo resolvieron enviar limosnas á los fieles de Judea, y pasaron por las manos de Pablo y Bernabé á los presbíteros de aquel país.

Ya de vuelta en Jerusalem, Herodes Agripa, procurando todos los medios de hacerse amar de los judíos, fué cómplice de su ciego ódio y renovó las persecuciones contra los cristianos. Mandó decapitar á Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo y hermano de San Juan. Su acusador, viendo la firmeza con que confesaba á su divino Maestro, quedó tan conmovido que se convirtió y declaró cristiano en el acto mismo: llevándolos juntos al lugar del suplicio, pidió el acusador á Santiago que le perdonase, y habiendo reflexionado un poco el apóstol le abrazó diciendo: "la paz sea contigo;" y despues los martirizaron. Los españoles creen que Santiago fué el primero que predicó en su reino el Evangelio; pero no se supo esta circunstancia al parecer antes del siglo VIII, y no tiene autenticidad suficiente, antes se opone al testimonio del Papa Inocencio I, que asegura que todas las iglesias de este reino se fundaron por San Pedro ó por sus sucesores. En el año de 800, reinando Alfonso el Casto, se descubrió milagrosamente el cuerpo de este apóstol, que primeramente se trasladó á Iria, despues á Compostela en Galicia, sin que sepamos con todo cuánto ni cómo se hizo esta traslación. Sabido este descubrimiento, el Papa Leon III á instancias del rey Alfonso trasladó á Compostela la silla episcopal de Iria; y en el año 1124, el Papa Calixto II trasladó á esta misma iglesia los derechos de la metrópoli de Mérida, que entonces se hallaba en poder de los sarracenos (1). Herodes Agripa, observando la alegría que causaba á los judíos el suplicio de Santiago, mandó prender á San Pedro que se hallaba en Jerusalem. Pero como era tiempo de Pascua, su objeto fué tenerle seguro para martirizarle á presencia del pueblo cuando pasase la fiesta. Hizole cargar de cadenas dobles, y que le custodiasen diez y seis soldados, que se sucedían por tandas de á cuatro cada una, de las que dos estaban junto al santo, y las otras dos á la puerta de la prision. Los fieles elevaban á Dios ardientes súplicas sin intermision para alcanzar su libertad. En la noche que precedió al día señalado para el suplicio, el apóstol dormía entre sus guardas, y le despertó un ángel, diciéndole que se le

(1) Los Bolandistas han reunido muchos testimonios para confirmar esta tradición de la Iglesia de España, sobre el descubrimiento de las reliquias de Santiago. (*Acta Sanct. tomo VI Jul.*) Otros autores se inclinan á creer que pudo haber habido en Compostela otro Santiago, cuyas reliquias se hayan equivocado con las de este apóstol. (*Véase á Tillemont t. 1.º*)

vantase al momento y le siguiera. Al punto se le cayeron al suelo las cadenas, y le siguió su meditar si era un sueño ó realidad. Despues de pasar la primera y la segunda puerta, llegaron á una de hierro, que daba salida á la ciudad y se abrió á su presencia. En cuanto anduvieron algun tiempo por las calles el ángel desapareció, y conoció San Pedro que Dios le habia realmente libertado: pasó á casa de María, madre de San Juan, donde muchos fieles estaban en oracion; y una criada, llamada Rodia, que salió para abrir la puerta, conociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir corrió llena de alegría á notificarlo á los fieles. Dijeronle que estaba loca, y como ella aseguraba que era el apóstol, los otros decían: será su ángel; con lo que se comprueba la tradicion apostólica de los ángeles de la guarda. San Pedro seguía llamando: al fin abrieron y se quedaron pasmados al verle. Mandóles sosegar, y refirió cómo se habia libertado les encargó que avisasen á Santiago, hijo de Alfeo y á los demas creyentes, y salió de la ciudad para buscar un seguro asilo. Cuando amaneció, los soldados que no veían al preso quedaron consternados; y Herodes mandó que le buscasen por la ciudad; aunque fué en vano, hizo que diesen tormento á los guardas, y por último los condenó á muerte. No tardó este tirano en sufrir los efectos del castigo de Dios. Pasando á Cesarea (1), que era su ordinaria residencia, recibió los embajadores de los irrios y de los sidonios, que habiéndole ofendido buscaban el medio de recobrar su amistad, porque no podían ya sacar de sus estados los granos que necesitaban. Quiso darles audiencia solemne interin celebraba unas fiestas por la salud del emperador; yendo al teatro con numerosa comarsa, sentóse en un magnifico trono, y revesitado de un manto real brillante por el oro y pedrería de que estaba cubierto. Al oírle hablar sus adlatores decían: "esta es la voz de un Dios, no la de un hombre;" y Agripa permitió esta impiedad. Pero herido en el acto por ministerio de un ángel, sintió unos dolores agudísimos, y dijo á cuantos le rodeaban: "ved aquí que va á morir vuestro Dios." Leváronle á su palacio desde donde observó al pueblo prosternado pidiendo su curacion, y á los cinco dias murió comido de gusanos, el año 44 de Jesucristo, á los siete de haber recibido de Calígula el título de rey, y tres despues que ejercía su dominacion en Judea; dejó tres hijas y un hijo llamado como él, Agripa, á quien el emperador Claudio quiso conceder aquel reino; pero como le representasen que era muy jóven, entró á la Judea á Cuspío Fado para gobernarla á nombre de los romanos.

Dos años antes (42), San Pedro libre de la prision, habia pasado

(1) Berault-Bercastel dice que allí tambien residía el presidente romano, que segun él, gobernaba la Judea á nombre de César; pero es cierto que entónces no habia gobernador romano en Judea, y que esta provincia entera estaba sujeta á Herodes. Conservóse este error en la edicion de Henrion.



á Roma, donde estableció su cátedra, después de haberla tenido siete años en Antioquia (1); y en esta puso á Erodo, su discípulo, que la regentó 26 años. Creese que viniendo á Roma, su principal cuidado fué oponerse á Simon Mago, que allí residia, y se hacia notable por sus operaciones mágicas. La predicacion y los milagros de San Pedro hicieron que se arruinase el crédito de aquel impostor, y produjeron abundantes conversiones entre los judíos y los gentiles. Entre otras se cuenta la de Pudente, que unos creen suador, y cuya casa servia para las reuniones de los fieles y celebracion de los santos misterios, y luego fué iglesia, titulada de San Pedro *ad vincula*.

El príncipe de los apóstoles llevó consigo á Roma muchos discípulos, y entre otros á San Márcos que le servia de intérprete, ó mas bien de secretario, quien por órden suya fué despues á llevar la luz del Evangelio al Egipto, donde fundó la Iglesia de Alejandria. Pero antes y durante su mansion en Roma, San Márcos escribió su Evangelio á instancias de los fieles, que deseaban conservar por escrito lo que San Pedro les habia enseñado de viva voz. Escrivible en griego, que era el idioma mas general y de mayor uso en aquella ciudad, tanto que hasta las mugeres le hablaban facilmente. Escribió, sin atenerse mucho al órden de los tiempos, todo lo que habia aprendido de San Pedro, quien revisó su obra y la aprobó; de suerte que muchos padres no han dudado de atribuirlo á San Pedro. No se encuentra en este Evangelio aquel elogio que Jesucristo hizo de San Pedro, despues que este apóstol le reconoció por Hijo de Dios; pero si está con todas sus señales su triple nega-

(1) Muchos autores, fijando en este mismo año 42 el primer viage de San Pedro á Roma, creen que salió de allí al principio del 44, y que despues de su regreso á Jerusalem fué puesto en prison por Agripa. Suponen igualmente que volvió á Roma mucho despues de su prison, y que no escribió su epistola primera, sino pasada esta segunda jornada en el año de 45. Otros fijan su prison en el de 44, y opinan que en este fué cuando vino á Roma la primera vez; pero no entran estas disensiones cronológicas en nuestro plan. Solamente haremos observar que nada sólido vemos en cuanto se alega para referir el año en que se verificó la prison de San Pedro, al año de la muerte de Agripa, ó que el hambre, con cuya ocasion San Pablo llevó socorros á Jerusalem, no empezó antes del año 44; y sin embargo no puede haber mas que estas dos causas para hacer retroceder hasta entonces la época de la prison de San Pedro. Ultimamente otros suponen que permaneció en Jerusalem hasta el concilio que allí se tuvo en el año 51, y que despues fué cuando se estableció en Antioquia; que no volvió á Roma hasta el de 55. Esta opinion, adoptada por el P. Cellier y críticos protestantes, presenta la ventaja de explicar fácilmente lo que dice la Escritura: que San Pedro se habló en el Oriente en circunstancias muy posteriores al año 42; pero como puede explicarse lo mismo, suponiendo que San Pedro hiciera muchos viages de Roma á Jerusalem, aunque no se describan en la Escritura porque no puede abarcar todos los hechos; debemos atenernos al testimonio de Eusebio y á la comun tradicion, que hacen durar veinticinco años el pontificado de San Pedro en la capital del mundo.

cion, porque no quiso ocultar su falta, por la que vertió tantas lágrimas, y suplinió por humildad lo que podía convertirse en su gloria.

San Márcos redactó tambien, ó al menos tradujo la primera epistola de San Pedro, que fué escrita por aquel tiempo y dirigida á los fieles dispersos en el Ponto, la Galacia, Bitunia y Capadocia; donde habia fundado muchas iglesias. Allí se llama á Roma Babilonia, como que era centro de la idolatría. Esta epistola muy corta contiene una fervorosa exhortacion al ejercicio de la santidad y reglas mas importantes de la moral cristiana, manifestadas de un modo enérgico y digno del que hacia de cabeza del apostolado. Tambien está escrita en griego, y su cat. (á lo que creemos) es del año 43 de la era vulgar (1).

Saliendo de Roma San Márcos para la mision importante que se le habia confiado, fué primero á Cirohópolis, de donde se cree era originario. Despues de haber predicado algun tiempo y hecho numerosos prosélitos, recorrió las demas provincias de la Libia, en que fundó diferentes iglesias, y de allí llevó el Evangelio al Egipto, á la Tebaida, y principalmente á Alejandria. Situada esta ciudad en una de las bocas del Nilo, era el centro del comercio, y desde ella todas las mercancías de las Indias y del Oriente que llegaban por el mar Rojo, se trasportaban al Mediterraneo y las diferentes provincias del imperio romano. Por eso habia tanta multitud de habitantes de todas las naciones. Ademas de los egipcios, fuertemente adheridos á sus supersticiones, habia una porcion de griegos, sirios, etiopes, árabes é indios, todos idolátras; y los judíos eran tan numerosos, que tenian un jefe de su nacion y se les consideraba como dos partes de las cinco en que estaba la poblacion compartida. En ella hizo San Márcos muchas conversiones, y en lo que dice Eusebio (*Hist. eclesiást. lib. II, cap. XVI*) que fundó iglesias, puede entenderse que fueron parroquias, y que en ellas puso ministros que llenasen las obligaciones de la cura de almas. Entre los cristianos de esta ciudad ó sus cercanías, hubo un gran número, que á ejemplo de San Márcos abrazaron las reglas mas elevadas de la perfeccion cristiana, practicando la mortificación, la abstincencia, el ayuno y la oracion, juntando la meditacion con el trabajo, viviendo en el retiro y guardando continencia; lo que causó que los llamasen *ascéticos*: como que se ejercitaban particularmente en la virtud. Muchos tambien se retiraban á la soledad para dedicarse libremente á este santo ejercicio, y puede creerse que la mayor parte de ellos eran cristianos terapeutas, que conservaban su nombre y dieron el primer ejemplo de la vida eremítica en Egipto.

(1) Así resulta del testimonio de Eusebio, que en su crónica fija en el año de 43, el principio de la predicacion de San Márcos en Egipto, y que cuenta en su historia, que esta epistola de San Pedro, así como el Evangelio de San Márcos, fué escrita mientras el último estaba en Roma.